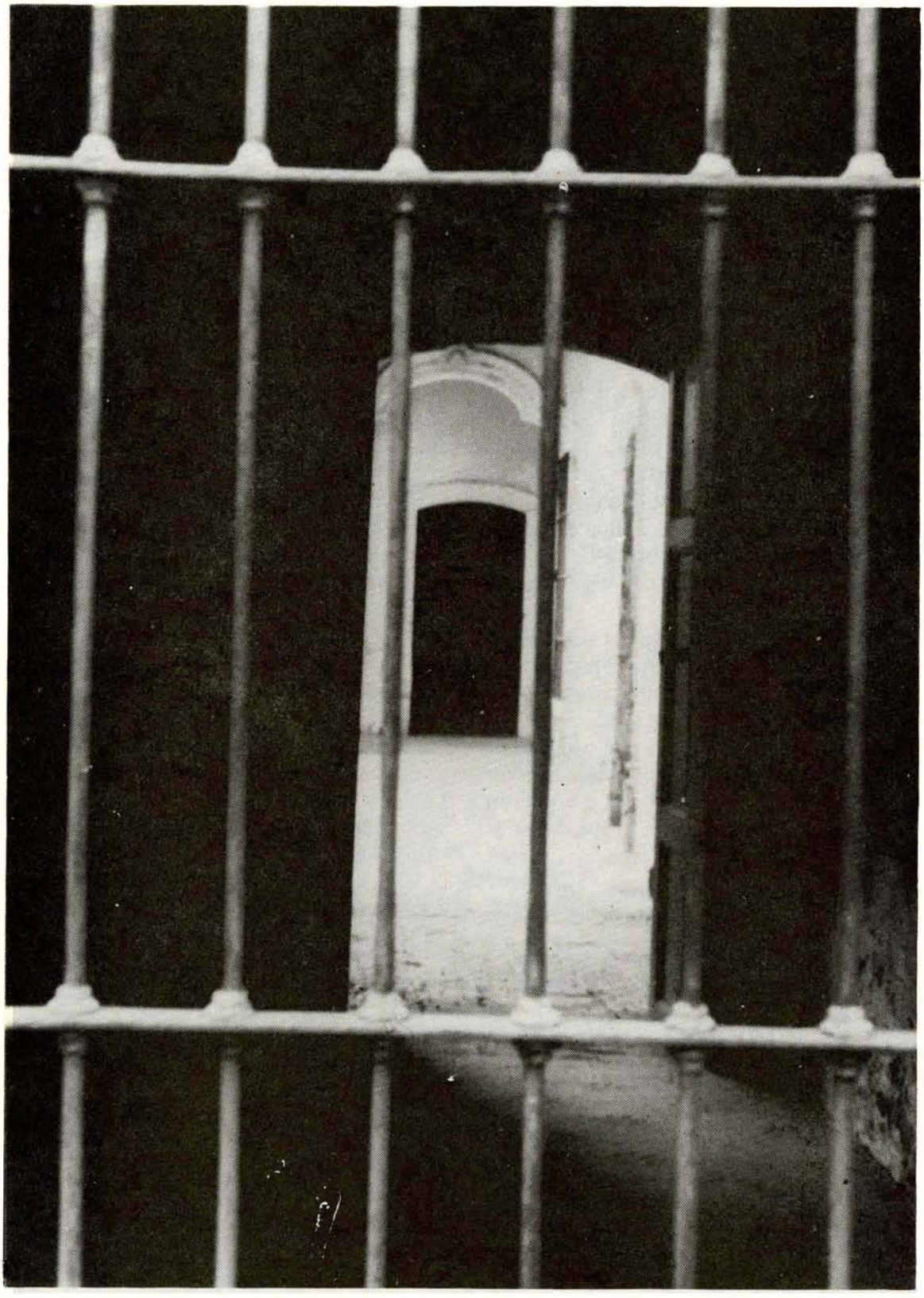


De claves y mujeres

Marina Saravia

Introducción

Recientemente fue estrenado en Colima un clavecín, obra de Martín Seidel, quien durante muchos años fue el único constructor de claves en América Latina y hasta ahora el mejor "cembalaro", como se denomina a quienes elaboran este tipo de instrumentos.

Es su clavecín número 86. Construido casi en su totalidad con maderas de Colima y elaborado en el taller que para tal efecto Martín Seidel ha montado en su rancho, en Nogueras, Colima.

Hay varios aspectos dignos de resaltar en este hecho. Con este clave Martín Seidel retoma el querido y añorado oficio de cembalaro que había desempeñado por muchos años y que suspendió durante más de 15. El silencio hace madurar. El instrumento que surgió después de este paréntesis es, con mucho, el mejor que hasta ahora ha producido, según opina Luisa Durón, reconocida como la mejor clavecinista de México, quien comentó:

"Yo he tocado en los mejores clavecines de Estados Unidos y Europa, en instrumentos originales o en copias perfectas, por eso sé de lo que estoy hablando cuando digo que este clavecín es realmente extraordinario."

Felizmente, los colimenses hemos podido disfrutar de la calidad de este instrumento en dos magníficos conciertos, el del estreno, a cargo de Patricia Castillo, y un recital de clavecín y flauta, en el que participaron Luisa Durón y Horacio Franco.

A continuación presentamos las entrevistas realizadas a dos valiosas mujeres, Luisa Durón y Patricia Castillo, quienes han dedicado su vida a conocer, dominar y difundir el clavecín.

Luisa Durón: Pionera del clavecín en México

Ser la primera y mejor clavecinista de México fue una meta que Luisa Durón se trazó a muy temprana edad, 13 o 14 años, cuando por primera vez escuchó la voz del clavecín. Le atrajo todo: el sonido, la forma, la música

escrita para clave. Pero sabía también el reto que enfrentaba, tendría que irse de México, estudiar sin tregua y pulir los talentos con que la vida la dotó.

No todo es romántico en la carrera de un virtuoso, menos aún si se trata de un instrumento poco difundido como es el clavecín, y más difícil todavía si la instrumentista es mujer. Luisa Durón hubo de vivir el trabajo arduo de horas y horas de ensayo, dedicación permanente para adquirir la perfección, la angustia que precede a exámenes y conciertos, la soledad profesional, ya que muy pocos compartían sus ideas sobre música e instrumentos. Nunca le ganó el desánimo. Prevaleció la certeza y claridad en sus anhelos. Por ello es ahora, y desde hace muchos años, excelente clavecinista. La mejor.

Ser clavecinista ha sido para mí terriblemente difícil, porque además de los aspectos exclusivos del estudio y los conciertos está la otra parte, ser mujer, madre de cinco hijos y ahora cuatro nietos. Ha sido una lucha a brazo partido para poder mantenerme en un buen nivel, para seguir en la raya. Durante muchos años hice lo posible dentro de lo imposible. El estudio, las clases y los conciertos estaban junto con las carreras al mercado, cocinar, ir y venir con los niños a la escuela, al doctor, a sus clases. No me escapé de nada de eso, no quise hacerlo, porque lo más grande para mí es la maternidad y lo que más adoro son mis hijos y mis nietos. No exagero si digo que daría mi vida por cualquiera de ellos, incluso dejaría el clavecín. Son mi tesoro y definitivamente lo mejor de mi vida.

Luisa Durón habla sonriendo, segura de lo que dice, y habla pausadamente, medita, busca las palabras, proyecta paz y serenidad. Tiene ojos brillantes, vivos, y mira con certeza e inteligencia, se adivina en ellos la experiencia vivida en plenitud.

Entonces ¿el ser mujer ha limitado en parte tu carrera musical?

Digamos que sí. Por cuestiones de tiempo nada más. Cuando era soltera podía estudiar ocho o diez horas diarias, como debe hacerlo cualquiera que desee llegar a algo. Pero hubo etapas en que podía estudiar muy poco, apenas dos o tres horas, cuatro ya era un lujo. Afortunadamente ese periodo tan difícil para mi carrera se dio cuando ya estaba bien formada técnicamente. Aun así, creo que si hubiese sido hombre seguramente habría podido dedicarme toda la vida de lleno al clavecín, tocaría mejor que ahora y tendría más repertorio. Pero estoy contenta de haber decidido vivir a fondo la maternidad y sé que mi decisión fue acertada.

Ahora que mis hijos están grandes, que han hecho su vida —curiosamente todos dentro de las artes, sin que yo se los haya impuesto, ellos lo decidieron así—, no me explico cómo logré combinar los dos papeles. Lo que es cierto es que trabajé arduamente, muchas veces terminaba hecha polvo, pero bueno, así es en todas las carreras, supongo, si toma uno las cosas en serio.

Luisa Durón heredó de sus padres el amor por la música y la disciplina en el trabajo. Su madre, pianista, le dio lecciones los primeros años, con rigor y severidad, todos los días, incluyendo fines de semana y vacaciones, hasta que cumplió trece años.

Ahora se lo agradezco mucho, porque en música la formación que se obtiene de pequeño es crucial. Cuando niña me enojaba frecuentemente, porque claro, yo quería ir a jugar, pero antes debía hacer mis tareas y estudiar dos horas de piano.

Mi padre trabajaba en el departamento de música en Bellas Artes. A él le debo, como muchos mexicanos, haber conocido el clavecín, allá por 1956 o 57. En esa época se compró el primer clave que hubo en Bellas Artes y el único en el país, por lo menos en instituciones públicas. Para inaugurarlo, mi padre organizó una serie de conciertos con el flautista Jean Pierre Rampal y el clavecinista Robert Veyron Lacroix, famosísimos los dos.

Al oír aquel sonido yo quedé fascinada, a pesar de que el instrumento no era muy bueno. Se trataba de un *Playel*, uno de esos clavecines de fábrica que se usaron un tiempo, pero Lacroix era extraordinario y sembró en mí una inquietud que no descansaría hasta muchos años después, cuando logré dominar el clavecín.

Cuando su madre no tuvo más que enseñarle, Luisa Durón siguió con otros maestros

y posteriormente ingresó al Conservatorio Nacional de Música para continuar la carrera de pianista. En su interior sólo esperaba el momento propicio para irse a Europa, donde podría aprender clavecín, ya que en México no había nadie que pudiera enseñarle.

A la corta edad de 17 años obtuvo una beca de Bellas Artes para estudiar clavecín en el Conservatorio de París.

Es una escuela muy grande, de alto prestigio. Los maestros son excelentes, pero es muy difícil entrar, porque las solicitudes son numerosas y las plazas pocas, así que hay que pasar varios concursos y exámenes. Después de aprobar esos requisitos fui aceptada. Por fin estaba donde yo quería. Me dediqué a estudiar con verdadero ahínco. Durante los dos años que duraba el curso toqué entre ocho y diez horas diarias.

Obtuvo entonces el primer premio en el concurso de clavecín en el Conservatorio de París. Satisfecha de su aprendizaje, se proponía regresar a México. No sabía que aún aprendería lo mejor, que un nuevo mundo, ancho e insospechado, estaba por abrírsele.

Nos cuenta la historia.

Una amiga holandesa y yo caminábamos por la orilla del Sena y nos detuvimos en una de esas tiendas de discos viejos para curiosear. Ni siquiera pensábamos comprar nada, estábamos tan pobres, vivíamos sólo de la beca. Entre un montón de discos descubrimos uno de clavecín, lo cual era bastante raro, así que reuniendo el poco dinero que llevábamos lo compramos.

El disco estaba un tanto estropeado, pero escuchamos maravilladas otro modo completamente distinto de tocar el clavecín, un sonido que puedo decir no había oído nunca. Recuerdo que eran obras de Girolamo Frescobaldi y algo de Bach. Tratamos de investigar quién tocaba y qué tipo de clavecín era, pero en la contraportada sólo aparecía una foto tamaño infantil, debajo de la cual, con letras muy pequeñas estaba escrito: Gustav Leonhardt.

¿Quién era? Nadie lo sabía. En aquéllos tiempos era casi desconocido. Ahora, y ya desde hace muchos años, es aclamado como el mejor clavecinista del mundo.

Desde que escuché esa forma de tocar me dije: Tengo que dar con este señor. Por el apellido me pareció holandés, fui a la embajada pero no me supieron informar nada, no tenían ni idea de quién pudiese ser aquel hombre. Sin embargo me prestaron el directorio de Amsterdam y —lo que es la maravilla de la suerte— allí estaba: Leonhardt, Gustav. Tomé la dirección y el número telefónico y me fui a Holanda.

Le llamé y contestó el propio Gustav Leonhardt. Me dio una cita y a la semana siguiente ya estaba tomando clases con él. Vivía en un barrio viejísimo de Amsterdam, en una casa medieval, con piso a cuadros, las mesas cubiertas de tapetes, la sala llena de clavecines y él, aunque entonces era muy joven, ya parecía, como hasta ahora, el Conde Drácula: imponente, alto, severo, serio, como un príncipe de ultratumba. Nunca olvidaré mi primera impresión. Iba muy nerviosa y todo aquel ambiente y la personalidad tan especial del maestro me atemorizaron aún más, sin embargo, conforme transcurrió la entrevista me fui tranquilizando. Él estuvo de acuerdo en impartirme clases privadas, ya que no pertenecía a ninguna institución, y yo comencé los años más fructíferos de mis estudios.

El mago del clavecín

Así fue como tuve la fortuna invaluable de aprender directamente de Gustav Leonhardt, que es un mago del clavecín, un genio a quien debo lo que sé. Lo que había aprendido en Francia, aunque valioso, era limitado. El Conservatorio es magnífico en los aspectos técnicos y teóricos, pero en clavecín no estaban muy al día. Se trabajaba con instrumentos *Playel*, que como he dicho no son los mejores, requieren una técnica más pianística y nunca producen el bello sonido del clave auténtico.

En cambio, Leonhardt utiliza instrumentos originales o copias perfectas y su técnica está basada en la forma auténtica de tocar el clavecín, la interpretación de las obras también es respetada en su forma original, por ello revolucionó la interpretación de la música antigua y es el creador de toda una escuela que ha venido rescatando y difundiendo la autenticidad de la música barroca. Todo ello me abrió otras posibili-

dades, aprendí los secretos del clavecín, las sutilezas, sus diversas voces, un mundo riquísimo por el que he caminado desde entonces.

Con Leonhardt estudié tres años. Un episodio valiosísimo de mi vida y además casi gratuito. Me cobraba sólo cinco florines por clase, algo así como 25 pesos de ahora. Realmente inaudito. En la actualidad ya no da clases, pero cuando aún lo hacía se cotizaban a precio de oro.

Al regresar a México, en 1963, Luisa Durón decidió difundir y enseñar lo que en más de cinco años de estancia en Europa había aprendido sobre clavecín. Cientos de alumnos se han formado bajo su guía y casi todos los que en México tocan clavecín han sido sus discípulos.

He tenido alumnos magníficos, ahora clavecinistas de primera, muchos de ellos en el extranjero. Esto me llena de satisfacción. Es muy alentador ser parte de los éxitos de los demás. Además enseñar me gusta mucho, porque aprendo junto con mis alumnos. Cuando hay que explicar algo muy específico, o sacar un determinado sonido, yo me adentro más en la música, esto me ayuda a tener mayor profundidad, a conocer mejor la obra para poderla transmitir.

Por otro lado es muy importante conocer bien a los alumnos, no generalizar, descubrir sus propias necesidades, su manera personal de tocar. Cada uno es diferente física y mentalmente, y hay que enseñarles sutiles diferencias técnicas según sus propias características. Tomar en cuenta, por ejemplo, el tamaño de la mano, de los dedos, el largo de los brazos, etcétera.

Entre el clavecín y la pintura

Una de las grandes aficiones de Luisa Durón es la pintura, arte al que, a pesar de no haberse dedicado con formalidad, le debe muchas horas de gozosa recreación. Ha logrado un estilo personal, fresco, libre, plásti-



camente valioso, que en nada muestra emanar de manos poco experimentadas.

Cuando pinto disfruto de principio a fin, porque no me siento presionada. Como no estudié pintura no tengo la obligación de hacerlo bien, me expreso con gozo y libertad. No es para mí un reto. En la música, en cambio, la angustia y la tensión nunca desaparecen del todo. Creo que hubiera podido ser una buena pintora, pero escogí el clavecín, al que amo con todo y sus dificultades.

Además creo que lo más importante está en hacer las cosas con absoluta entrega, sea tocar el clavecín, enseñar, pintar, danzar, cuidar un jardín, ninguna actividad es más importante que otra, lo que vale es si se hace con todo el amor del corazón y con una gran humildad. Respecto a la música, creo que uno no es más que el instrumento entre la creación del compositor y la persona que lo va a escuchar, eres un medio para re-crear y no hay que perder de vista que finalmente todo es un lenguaje del Creador, una manifestación de la divinidad y uno es una parte de ésta. Todos somos uno y lo mismo. No hay que olvidarlo, porque de lo contrario nos gana el ego y podemos volvernos soberbios. Si nos sucede estamos perdidos.

Alguien que como Luisa Durón decide temprano su camino y se dedica con entrega a recorrerlo, llega a la madurez con buenos frutos en las manos y satisfacciones en el alma.

Me hubiera gustado aprender más, tocar mejor, pero estoy contenta con lo que he logrado, sobre todo porque soy una madre y una abuela feliz. Llevo cálidas y buenas relaciones con mis hijos y nietos, y al mismo tiempo he ayudado a muchos jóvenes a formarse y he sostenido un lugar en el ámbito musical.

No añoro la juventud. Viví con intensidad cada etapa de mi vida. No perdí el tiempo, aproveché los recursos que la vida me dio: la salud, el talento para la música, la disciplina para trabajar, capacidad de amar y, sobre todo, mis cinco hijos, maravillosos. Por eso estoy contenta de envejecer. No me asusta llegar al final ni pensar en la muerte. Cuando ese momento llegue me sentiré plena porque creo haber sabido vivir.

Patricia Castillo: Por la difusión del clavecín

"Es un privilegio estrenar un instrumento de Martín Seidel, hacer sonar por primera vez un clavecín tan bello como éste, tan perfecta y minuciosamente elaborado", nos comenta Patricia Castillo la tarde antes del concierto de estreno.

Además me siento como reina: llego en el avión por la mañana, me reciben en el aeropuerto, me consienten, está el clavecín esperándome perfectamente afinado, Martín se ocupa de todo, yo me concentro en tocar. Esto no sucede nunca, sólo en Colima, y es maravilloso.

Por lo general, en las giras llego a la ciudad donde voy a tocar manejando mi combi, cargando el clavecín como los caracoles su casa. Antes de salir tengo que haber mandado revisar motor, llantas, aceite, todo lo que tiene que ver con mecánica. En cuanto al clavecín, debo haberme asegurado de que vaya bien colocado y seguro para que no se dañe. Al llegar a la ciudad hay que buscar dónde dejar la camioneta, cómo y con quién bajar el clavecín, vigilar que lo muevan con cuidado y, una vez instalado, afinarlo. A veces, cuando empiezo el concierto, no me explico cómo estoy allí.

El público casi nunca se entera de los esfuerzos personales que representan, para un clavecinista, estar en el escenario, pero los aspectos de logística en este arte son terriblemente complicados, ya que en contadas salas de la República hay claves.

Además de saber tocar, tenemos que aprender a afinar el instrumento, darle mantenimiento, repararlo, saberlo transportar, porque son tan delicados que si no se cuidan adecuadamente en poco tiempo estarían arruinados.

Estas peripecias que acompañan al etéreo y sublime acto de tocar el clavecín, han servido a Patricia Castillo en dos sentidos: por un lado, como clavecinista, ha conocido mejor su instrumento, explica:

Con los claves sucede como con los coches, si uno mismo es quien los afina, los

repara, los revisa, termina conociéndolos a fondo, los dominas más plenamente, se establece una relación casi personal entre el objeto y tú. Por otro lado, como mujer, me ha hecho darme cuenta de que no tengo barreras. Esto aparentemente suena fácil, pero en la práctica no lo es, o no lo fue para mí al menos. Creo que las mujeres crecemos con el convencimiento de que necesitamos de un hombre, primero el padre, luego el marido, para que nos acompañe y proteja a lo largo de la vida. No hay tal, pero cuesta aceptarlo. Recuerdo la primera gira a la que fui sola, después de mi divorcio. Me moría de miedo. No es fácil lograr la verdadera independencia, la que nace del interior de uno mismo.

Patricia Castillo es una joven clavecinista cuya trayectoria la acredita como una valiosa intérprete, investigadora y especialista en música barroca.

La música de este periodo siempre me fascinó. Recuerdo que uno de mis mayores placeres, cuando era pequeña, consistía en subir al estudio de papá, y muy callada quedarme escuchando los discos que él ponía. Era un melómano, le gustaba sobre todo el barroco, allí entré en contacto con esta música que ha sido desde entonces mi favorita.

Sin embargo yo me formé primero como pianista, en la Escuela Nacional de Música y en el Conservatorio. Después estudié en Alemania un posgrado en piano y fue por casualidad, como suceden tantas cosas en la vida, que llegué al clavecín.

Mientras estaba en Alemania conocí al maestro de clavecín del Instituto de Música, un checo que hablaba algo de español y quería practicar el idioma, por eso me invitó a sus clases. Yo veía el clavecín como un instrumento muy bello, pero lejano, inaccesible. No creía que con mis manos de pianista pudiera tocar ese instrumento tan delicado sin lastimarlo. Muchas veces me habían invitado a que lo hiciera y no me atrevía. Una vez por fin me animé a tocar algo de Bach y me encantó la experiencia. Fue como entrar a un mundo que yo siempre había respetado muy de fondo y que ahora me era accesible y cercano. A partir de ahí, cuando podía, me escapaba de las intensas horas de estudio del piano para tocar el clavecín, pero definitivamente no podía hacer las dos cosas, estaba demasiado ocupada con el curso, ensayaba más de ocho horas diarias y apenas me quedaba tiempo libre.

Regresé a México con la firme idea de dedicarme más en serio al clavecín. Lo primero que hice fue buscar a Martín porque quería comprar uno de sus famosos instrumentos, pero para mí desdicha había dejado de construirlos. Sin embargo me recomendó a unos amigos suyos, en San Diego, quienes me vendieron un clavecín muy bueno, el que tengo hasta ahora, y me fui por él en la combi. Me adentré cada vez más en el estudio del clave y me di cuenta de que tendría que optar entre éste y el piano, pues es imposible hacer las dos carreras. Decidí dejar el piano y regresar a Alemania a hacer el curso completo de clavecín.

Entonces sí me dediqué de lleno a este instrumento. Yo siento que me estuvo esperando durante mis años de pianista. La formación que ya tenía me sirvió mucho, porque finalmente los dos son teclados, yo había adquirido destreza y velocidad, ciertas habilidades, pero tuve que aprender un sinfín de cosas. A primera vista puede parecer casi lo mismo tocar uno u otro, pero no, todo lo contrario. En el piano requieres fuerza, peso en los brazos y tienes el apoyo del pedal que envuelve y da atmósfera a lo que tocas. En el clave no, el volumen no depende de la fuerza sino de la dinámica que utilices. El crecer y decrecer del sonido se logra con trucos técnicos, no golpeando las teclas. El clavecín es más minucioso, diría yo, requiere más ornamentos y trinos para destacar determinadas notas, necesitas mayor concentración porque gran parte de la cromática, tonalidades y modulaciones en el clave se logran dejando notas suspendidas y ensamblando los registros; es precisamente todo ese mundo diferente y nuevo lo que me atrajo del clavecín, y aunque no he olvidado al piano —de hecho doy clases de ese instrumento— me identifico más con la finura y delicadeza del clave.

Música barroca mexicana

Uno de los intereses de Patricia Castillo, además de continuar perfeccionándose como

clavecinista y aumentar su repertorio, es contribuir al estudio y difusión de la música barroca, especialmente la que se escribió en México.

Actualmente estoy haciendo una investigación, con el apoyo del FONCA, sobre una serie de sonatas que fueron descubiertas en la Catedral Metropolitana, escritas durante el virreinato, probablemente por frailes españoles e italianos, así como por músicos mexicanos. Mi trabajo consiste en seleccionarlas, clasificarlas, transcribirlas a la simbología musical contemporánea y difundirlas a través de conciertos y audiciones. De hecho ya hemos grabado un disco que recopila una buen número de ellas, las de mayor valor estilístico y estético.

Me interesa mucho colaborar para fortalecer el interés por la música antigua en general, difundirla a través de conciertos —sobre todo me gusta tocar en lugares donde este instrumento es poco conocido—, además rescatar obras que son importantes para nuestro país.

Sin embargo estoy consciente de que es una tarea muy difícil, porque tenemos todo en contra a pesar de que a nivel mundial hay un resurgimiento de la música antigua. Personalidades como Gustav Leonhardt, que dio un giro a la forma de interpretación y que ha formado a tantos otros, como a Luisa Durón, que han contribuido para la revaloración de la música que se escribió antes de Bach. En México, sin embargo, es necesario que haya más sensibilidad al respecto, que las escuelas de música se preocupen por dar a los alumnos una formación más seria y completa de este periodo. Creo que cualquier institución que se jacte de enseñar música debe tener un departamento de música antigua con espacios, personal e instrumentos especializados.

Pero es prácticamente un sueño. En muchísimas escuelas no se llega siquiera a tener un piano decente, ni salones para los alumnos. La realidad de la enseñanza musical en nuestro país es francamente penosa. A veces el presupuesto no alcanza para reparar los instrumentos que ya existen, mucho menos para comprar un clavecín.

Sin embargo, mientras hay vida hay esperanza. Si pensamos que hace unos años no había siquiera un mexicano que supiera tocar el clavecín, creo que hemos avanzado. Lo que yo he visto es que a la gente le gusta tanto el instrumento como la música. Hay una gran disposición por la música antigua y poco a poco va aumentando su difusión. Hay mucha gente que, como yo, dedicamos buena parte de nuestra vida para que esto suceda. Ya veremos los frutos".♦

